

Democratización y violencia política en el mundo de entreguerras: una cuestión abierta

Manuel Álvarez Tardío

Universidad Rey Juan Carlos de Madrid

Resumen: Este artículo analiza el papel de la violencia política en los procesos de democratización. Se centra en el estudio de algunos países occidentales durante el periodo de entreguerras. Primero, analiza los modelos de análisis utilizados con anterioridad. Segundo, estudia de forma comparada los rasgos de esa violencia política. Aquí no se parte de la premisa de que la violencia política es sinónimo de quiebra de la democracia. Un alto grado de violencia puede debilitar un sistema político pero no destruirlo. Este artículo distingue entre diferentes situaciones y consecuencias de la violencia en la crisis de las democracias, evitando cualquier determinismo.

Palabras clave: violencia política, Europa, siglo xx, democracia.

Abstract: This article discusses the role of political violence in democratization processes. It focuses on the study of some Western countries during the interwar period. First, it analyzes the theoretical models used previously. Second, it studies the features of that political violence from a comparative perspective. The main premise here is that political violence is not synonymous with failure of democracy. In fact, a high degree of violence can undermine a political system but not destroy it. This paper distinguishes between different situations and consequences of violence in the crisis of democracy, avoiding any determinism.

Keywords: political violence, Europe, 20th century, democracy.

1

En un ensayo publicado hace más de cuatro décadas, Hannah Arendt se mostraba sorprendida de que se hubiera «escogido tan pocas veces a la violencia para someterla a una consideración especial». Mucho después, Stathis Kalyvas recurría a esa cita para abrir su trabajo seminal sobre la lógica de la violencia en las guerras civiles¹.

Por un lado, es poco discutible que, como ha escrito Robert Muchembled, el continente europeo «vivió inmerso en la violencia» de diverso signo «hasta mediados del siglo XX»². Por otro, resulta evidente que, al menos desde los años sesenta, si no antes, existe una notable, aunque irregular, literatura específica sobre el binomio violencia y política.

Ya en los años sesenta del siglo XX, empezando por el trabajo de Harold Nieburg, se puso de manifiesto que el estudio de la violencia política planteaba un primer problema conceptual. Algunos autores, como Fred Von Der Mehden, optaron por abordarla como una categoría «catchall», es decir, desde una perspectiva amplia. Otros, como Sheldon Levy, fueron algo más restrictivos³. Pero el debate terminológico continuó durante décadas. Es imposible resumirlo en el marco de un artículo breve como éste, dada la complejidad que ha rodeado a las propuestas de autores tan diferentes como Mommsen, Hirschfeld, Graham, Gurr, Botz, Tilly, Tarrow, Della Porta, etc.⁴

¹ Stathis N. KALYVAS: *La lógica de la violencia en la guerra civil*, Madrid, Akal, 2010, p. 4.

² Robert MUCHEMBLED: *Una historia de la violencia*, Madrid, Paidós, 2010, p. 17.

³ Fred R. VON DER MEHDEN: *Comparative Political Violence*, Nueva York, Prentice-Hall, 1973, p. 14; Harold L. NIEBURG: *Political Violence: The Behavioral Process*, Nueva York, St. Martin's Press, 1969, y Sheldon G. LEVY: «A 150-Year Study of Political Violence in the United States», en Hugh Davis GRAHAM y Ted Robert GURR (eds.): *Violence in America. Historical and Comparative Perspectives*, vol. II, Nueva York, Chelsea House, 1983, p. 66.

⁴ Una propuesta útil desde el punto de vista de un historiador en Gerhard BOTZ: «Political Violence, its Forms and Strategies in the First Austrian Republic», en Wolfgang J. MOMMSEN y Gerhard HIRSCHFELD: *Social protest, violence, and terror in nineteenth and twenty century Europe*, Nueva York, St Martin's Press, 1982, p. 300. Fundamental también el análisis de Donatella DELLA PORTA: *Social Movements, Political Violence, and the State. A Comparative Analysis of Italy and Germany*, Nueva York, CUP, 2006, p. 2.

La profusión de este debate esconde, en buena medida, una cuestión que no se refiere tanto al concepto de violencia política, como a las causas de esa violencia y las estrategias de explicación de los procesos en los que se inserta. Las preguntas al respecto no son de importancia menor. Dejando al margen el apasionante asunto de la percepción social de la violencia en cada momento⁵, una cuestión capital para el propósito de este artículo es la que aborda la relación entre sistema político y violencia.

2

Desde el punto de vista del pensamiento político, en la tradición liberal clásica, sobre todo los autores posteriores a la Revolución francesa, quisieron racionalizar un sistema en el que el imperio de la ley marcara los límites de la lucha política⁶. De acuerdo con ese punto de vista, la violencia en la política de las sociedades europeas contemporáneas se puede presentar como una anomalía, es decir, una manifestación de resistencia a la canalización institucional del conflicto. En la medida en que se vincule la modernización de las sociedades con la consolidación de un régimen representativo, no ya liberal sino también democrático, la violencia puede ser vista como exponente de diferentes tipos de resistencia a ese proceso.

En cierto modo, al igual que un enfoque funcionalista, esta forma de argumentar presupone que la política parlamentaria es una manera de evitar que los conflictos se resuelvan con el uso de la fuerza ilegal. La modernización de la política, si se entiende ésta de forma básica como la consolidación de las asambleas representativas, la alternancia competida en el poder y la existencia de garantías constitucionales de derechos fundamentales, debería conllevar una disminución del uso de toda violencia que no sea la del Estado. Sin embargo, este razonamiento ha encontrado importantes críticas, sobre todo porque no parece responder bien al hecho de que la violencia política no sólo no disminuyó con la consolidación de los regímenes representativos, sino que aumentó, alcanzando cotas

⁵ Francisco MURILLO: «Factores políticos de la violencia», *Revista Internacional de Sociología*, 3-2 (1992), pp. 67-77.

⁶ John GRAY: *Liberalismo*, Madrid, Alianza, 1994, pp. 113-126. Perspectivas generales en los trabajos clásicos de Guido de Ruggiero y Raymond Aron, entre otros.

elevadas en contextos de expansión democratizadora como el posterior a la Gran Guerra.

Con independencia de la teoría marxista, aunque con ciertos elementos conexos, se ha argumentado a menudo que esa desviación conflictiva estaba directamente relacionada con la presencia de la desigualdad social y, en casos más extremos, con el peso de la pobreza y los abusos en el mercado de trabajo. En esa línea, la violencia en la Europa contemporánea estaría relacionada con la resistencia al capitalismo y habría disminuido en tanto que las reformas legales y las políticas del bienestar abrieron la puerta a mejores salarios y condiciones de vida. Al contrario, las grandes crisis, con su carga de desempleo e inflación, habrían provocado un aumento de la protesta violenta⁷.

Otro enfoque de no poca importancia e influencia académica ha sido el de Charles Tilly. A diferencia de aquellos análisis que plantean la violencia como una anomalía, este parte de un «enfoque relacional». Para él, las variables explicativas están relacionadas con los «mecanismos» y los «procesos» que intervienen cuando la violencia aparece. Ésta deja de ser un fenómeno anormal para convertirse en una derivación posible de las formas en que se pueden relacionar los grupos y desarrollar «las acciones reivindicativas». Tilly sostiene, así, que la violencia es función de la capacidad de un régimen para controlar esas «acciones reivindicativas»⁸.

Para el análisis de la violencia en periodos complejos como el de entreguerras, resulta fundamental un aspecto del análisis *tillyano*: la relación entre el régimen político y la variación en la intensidad e impacto de la violencia. Él considera dos categorías para medir esa relación: la capacidad del gobierno y el tipo de régimen (democrático o autoritario). Y sostiene, aunque «con dos grandes salvedades», que «la violencia colectiva disminuye con la democratización». Es así porque las democracias amplían la participación política y extienden el disfrute de los derechos.

Pero si en democracia la «variedad de interacciones aceptables entre actores políticos» aumenta, ¿por qué, entonces, surge la violencia? De acuerdo con Tilly esto se explica acudiendo a la otra variable: en función de la capacidad del gobierno para gestionar esas

⁷ Un balance crítico sobre este enfoque en Michael MANN: *Fascists*, Nueva York, CUP, 2004, pp. 48-64.

⁸ Charles TILLY: *Violencia colectiva*, Barcelona, Hacer, 2007, pp. 20 y 46.

acciones. Si aquélla es baja, surgirán problemas para controlar o impedir que determinadas actividades de protesta desemboquen en actos violentos, o que diferentes grupos políticos aumenten su presión sobre las autoridades intensificando la protesta. En resumen, el análisis tillyano se aleja de la consideración de la violencia como un factor anómalo y extraño a la política. La lucha «precede tanto como acompaña a la democratización». Y que esa lucha desemboque o no en violencia física dependerá, en buena medida, de las autoridades. Es decir, «la gama de actuaciones toleradas aumenta con la democracia, pero disminuye con la capacidad del gobierno»⁹.

Los análisis que han seguido más o menos la línea de Tilly han puesto de manifiesto la relación crucial que existe entre la violencia y el papel de las autoridades. Así, el análisis de Donatella de la Porta sobre el terrorismo alemán e italiano en la década de 1970 ilustra bien la conexión que puede darse entre la radicalización de un movimiento social y la gestión institucional de la protesta¹⁰. Otra ventaja de este tipo de análisis es que no impone un sesgo estructuralista, en virtud del cual toda acción violenta tenga origen en causas socioeconómicas. Sin embargo, no resuelve algunos problemas importantes.

El primero es que presenta la violencia en la política como un fenómeno connatural a la evolución del Estado contemporáneo. Por eso, siguiendo sus planteamientos, algunos autores han abordado la violencia política en la Europa contemporánea, caso de España, como una manifestación casi inevitable¹¹. No es difícil percibir que por este camino la violencia ya no es analizada como un obstáculo para la modernización o un indicador de manifestaciones disruptivas en el proceso de liberalización y democratización. Al contrario, queda desprovista de su componente de anormalidad y se presenta como fenómeno de resistencia intrínseco a la política contemporánea.

Por otro lado, también resulta problemática la forma en que se presenta el papel de las autoridades. La violencia no es el resultado de comportamientos anormales, sino el producto de la actuación de los que controlan el poder. De este modo, el Estado y sus policías

⁹ *Ibid.*, pp. 46 y 48.

¹⁰ Donatella DELLA PORTA: *Social Movements...*

¹¹ Julio ARÓSTEGUI *et al.*: «La violencia política en la España del siglo XX», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 22 (2000), p. 60.

derivan en agentes centrales para comprender por qué los ciudadanos terminan comportándose de forma violenta. Al colocar la «capacidad del gobierno» como factor condicionante del desencadenamiento de la violencia, no sólo se sobredimensiona la responsabilidad de las autoridades, sino que se diluye en parte la de los violentos, so pretexto de que los segundos sólo son actores de la protesta inmersos en un proceso de construcción de la ciudadanía¹².

Por otro lado, esta forma de diseccionar la violencia resulta chocante a la luz del proceso de modernización política en las sociedades occidentales. Tanto la consolidación de regímenes constitucionales como la posterior democratización conllevaron una institucionalización del conflicto que no lo hacía desaparecer pero que lo canalizaba por la vía de las elecciones, el asociacionismo y la protesta y manifestación regulada. Si resulta que la violencia es producto casi inevitable de la gestión estatal del conflicto, no hay forma de entender por qué progresivamente todos aquellos que aceptaban competir con las reglas de juego constitucionales iban a renunciar a ella. Tampoco se entiende muy bien el paso de una violencia supuestamente normal dentro de las tensiones de un Estado en proceso de modernización, y la violencia a gran escala para alterar radicalmente esa marcha.

Si la democracia es un sistema que permite consolidar progresivamente una forma de entender el conflicto que no implica la exclusión permanente ni la destrucción del adversario, difícilmente cabe aceptar que en un proceso de democratización que aspire a ser integrador la violencia sea resultado básicamente de las opciones represivas adoptadas por las autoridades, por muy importantes que sean éstas en casos puntuales. Algo bien diferente es si ese proceso, lastrado por una falta de consenso «procedimental»¹³ sobre las reglas del juego, se enfrenta a diferentes formas de protesta cuyos objetivos no son inclusivos, es decir, se sitúan en el terreno de la semilealtad o la deslealtad.

¹² Un ejemplo en Marta IRUROZQUI: «El bautismo de la violencia. Indígenas patriotas en la revolución de 1870 en Bolivia», en Carlos MALAMUD y Carlos DARDÉ (eds.): *Violencia y legitimidad. Política y revoluciones en España y América Latina, 1840-1910*, Santander, UC, 2004, pp. 156-173.

¹³ El consenso «sobre la regla de solución de los conflictos», escribe Sartori, «es la condición *sine qua non* de la democracia» (Giovanni SARTORI: *Teoría de la democracia*, vol. I, Madrid, Alianza, 2005, p. 293).

3

Ni las condiciones materiales ni las decisiones de los gobiernos pueden explicar por sí solas aquellas situaciones en las que la violencia deja de ser esporádica e improvisada y se convierte en un factor endémico. Pueden ser aspectos decisivos, sobre todo el segundo, para entender por qué algunos grupos violentos tienen más éxito que otros, pero no aportan respuestas concluyentes para algunos interrogantes simples: ¿por qué los datos sobre episodios violentos no siempre se corresponden con las zonas más pobres de un país? ¿Por qué algunos grupos persisten en el uso y la legitimación de la violencia sectaria con independencia de su grado de inclusión en un sistema político? ¿Qué relación existe entre la elaboración y difusión de retóricas de intransigencia y los comportamientos cotidianos de los militantes? ¿Cómo ignorar que evidencias empíricas sobre episodios violentos muestran que las policías se enfrentaban en muchos casos a protestas de orden subversivo y extremadamente violento cuyo control resultaba muy complejo con las técnicas policiales disponibles?¹⁴

Como ya explicara Mehden, «la violencia a gran escala normalmente es resultado de una compleja interrelación de aspectos»¹⁵. Esto es lo que pone de relieve todo lo que sabemos, que no es poco, sobre la violencia política en algunos países de la Europa de entreguerras. La posguerra se estrenó en Europa con varios meses de largos y violentos conflictos laborales y sociales. 1919 fue un año terrible, incluso en Estados Unidos, como muy bien ha retratado Anthony Read¹⁶. Autores tan dispares como Stanley Payne o Enzo

¹⁴ Para el caso español es significativa la complejidad que muestra el papel de las policías en el control de la violencia electoral en Roberto VILLA GARCÍA: *La República en las urnas*, Madrid, Marcial Pons, 2011. También Gerald BLANEY: «Keeping Order in Republican Spain, 1931-1936», en *id.* (ed.): *Policing Interwar Europe: Continuity, Change and Crisis, 1918-1940*, Nueva York, Palgrave, 2007. Desde una perspectiva comparada, Clive EMSLEY y Richard BESSEL (eds.): *Patterns of Provocation, Police and Public Disorder*, Nueva York, Berghahn, 2000, y Gerard ORAM (ed.): *Conflict & Legality: Policing mid-twentieth century Europe*, Londres, Francis Boutle, 2003.

¹⁵ Fred R. VON DER MEHDEN: *Comparative...*, p. 17.

¹⁶ Anthony READ: *The World on Fire. 1919 and the Battle with Bolshevism*, Nueva York, Norton, 2008.

Traverso coinciden en señalar que entre 1919 y 1923 se produjo un contagio de los métodos y prácticas de la guerra en el ámbito de la política y la sociedad civil. En ese sentido, algunos autores se han centrado en analizar lo que consideran un cambio cualitativo en el tipo de violencia política, así como en los lenguajes de la política, tras la Gran Guerra y con la llegada de la movilización de masas, especialmente en los casos más conflictivos de Alemania e Italia. Y se cita a menudo la idea de George Mosse sobre la *brutalización* de las sociedades europeas, entendida como un fenómeno complejo que Traverso ha resumido así: la existencia de «una generación para la que el uso de la fuerza y de la violencia ya no constituye un dilema moral, sino un hecho casi normal»¹⁷.

Todo esto es cierto, aunque a veces se abusa de la asociación entre la experiencia de la guerra, de un lado, y la presencia de los lenguajes y las prácticas violentas en tiempos de paz, de otro. De hecho, ese clima moral e intelectual resulta incomprensible sin referencia a otros factores como la influencia de la pasión revolucionaria y su volcánica combinación con el desorden social y la fractura de muchos Estados tras la guerra. Es decir, el análisis no tiene demasiado sentido si no se pone en relación con el desafío capital de aquella posguerra wilsoniana: cómo lograr que un nuevo sistema democrático ofreciera la adecuada combinación de participación, libertad y seguridad, es decir, cómo hacer frente al desorden y la violencia de forma eficiente y sin poner en peligro las libertades recién conquistadas. Como ha señalado Ronsin, el problema de la Checoslovaquia o la Alemania de posguerra era «cómo equilibrar la ideología democrática con la necesidad concreta de defender el nuevo orden político»¹⁸.

¹⁷ Stanley G. PAYNE: *La Europa revolucionaria*, Madrid, Temas de Hoy, 2011, p. 125, y Enzo TRAVERSO: *A sangre y fuego. De la guerra civil europea (1914-1945)*, Valencia, PUV, 2009, pp. 53 y 183. Un balance sobre la violencia política en entreguerras en el monográfico: «Violence and Society after the First World War», *Journal of Modern European History*, 1-1 (2003).

¹⁸ Samuel RONSIN: «Police, Republic and Nation: The Czechoslovak State Police and The Building of a Multinational Democracy, 1918-1925», en Gerald BLANEY (ed.): *Policing Interwar...*, p. 136. Es fundamental tener en cuenta la reflexión de François FURET: *El pasado de una ilusión. Ensayo sobre la idea comunista en el siglo XX*, México, Fondo de Cultura Económica, 1995. Perspectivas generales con diferentes enfoques en los estudios conocidos de M. Mazower, E. Hobsbawm, M. Kitchen y E. Nolte.

Porque aunque se estudien las raíces intelectuales de la violencia y aunque el nuevo culto a la violencia derivado de la guerra pueda explicar una cierta «brutalización» de la política, la cuestión capital es por qué, una vez pasados varios años después de la guerra e incluso cuando ya las nuevas generaciones jóvenes no habían participado directamente en los frentes de batalla, la violencia siguió brotando y adquiriendo un papel sustancial.

La Europa de entreguerras fue una época fascinante de democracia y expansión de los derechos sociales, pero también resultó desconcertante y paradójica. En la Europa Central y del Este la ola democratizadora terminó con un panorama de dictaduras desolador. Borejsza ha estudiado muy bien esos once de trece países en los que se instauraron regímenes «casi todos autoritarios, aunque no fascistas», si bien en algunos «existieron elementos fuertes y visibles de fascismo»¹⁹. Y Finlandia, que sí pudo asentar un régimen parlamentario, lo hizo después de una guerra civil y de un periodo de terror que costó la vida a varios miles de personas²⁰.

Los casos europeos mejor estudiados son aquellos en los que la violencia política tuvo una fuerte presencia en algún momento de la vigencia de regímenes constitucionales que luego no se consolidaron, es decir, en los que aquella pudo contribuir a la quiebra de la convivencia democrática. Se trata, básicamente, de Alemania e Italia, aunque el caso austriaco presenta similitudes. En estos tres, al igual que en la España de la Segunda República, la democracia irrumpió en el peor de los escenarios posibles, bien como causa de la Gran Guerra, bien por la falta de continuidad entre sus tradiciones constitucionales anteriores y las nuevas situaciones (en el caso español no hubo guerra pero sí siete años de dictadura), o bien por la debilidad de sus tradiciones liberales previas.

Pero la violencia no fue un rasgo exclusivo de los países en los que no perduró la democracia. También lidiaron con ella Francia e Inglaterra. Y la democracia más antigua, Estados Unidos, soportó

¹⁹ Jerzy W. BOREJSZA: *La escalada del odio: movimientos y sistemas autoritarios y fascistas en Europa, 1919-1945*, Madrid, Siglo XXI, 2002, p. 213. Véase también Piotr WRÓBEL: «The Seeds of Violence. The Brutalization of an East European Region, 1917-1921», *Journal of Modern European History*, 1-1 (2003), pp. 125-149.

²⁰ Finlandia, en Stanley PAYNE: *La Europa...*, pp. 52-62; Jerzy BOREJSZA: *La escalada del...*, pp. 207-212; David G. KIRBY: *Finland in the Twentieth Century*, Londres, C. Hurst & Co., 1982, pp. 40-82, y Risto ALAPURO: *State and Revolution in Finland*, Berkeley, UCP, 1988.

una violencia elevadísima en el campo de las relaciones laborales. Pero cuando la violencia hizo acto de presencia en países donde la competencia democrática había sido implantada sobre los cimientos de un orden constitucional y representativo previo a la guerra, y sin que mediaran problemas derivados del nuevo trazado de fronteras por hallarse entre los vencedores, entonces tuvo unas consecuencias más limitadas.

En el mes de julio de 1919 hubo una huelga de policías en varias partes de Inglaterra, motivada por la negativa del gobierno a legalizar la sindicación policial. Aunque sus promotores fracasaron parcialmente, en la zona de Liverpool la situación se descontroló. La respuesta del gobierno a lo que un autor ha llamado una «orgía de destrucción» fue nada menos que la implantación del *Riot Act*, un verdadero estado de emergencia. Hicieron acto de presencia los marines, que utilizaron sus armas de fuego en la represión. El corresponsal de *The Times* habló de Liverpool como una «war zone». Al día siguiente una manifestación fue reprimida con disparos al aire. Hubo un muerto y la noche siguiente fue todavía de mayor violencia por parte de los manifestantes²¹.

Este tipo de episodios de extrema violencia provocados por conflictos laborales que tenían implicaciones políticas no fueron habituales en la Inglaterra de entreguerras, al menos no como en los Estados Unidos, donde algunos sectores como el de la minería provocaron situaciones de máxima tensión, con secuestros, manifestaciones violentas y muertos, sofocadas sólo mediante la intervención a gran escala de la Guardia Nacional o de las policías estatales. En Illinois, por ejemplo, la lucha entre los mineros y los patronos entre los años 1932 y 1937 costó la vida a 27 personas. Y 1937 fue «uno de los años más sangrientos en la historia de la violencia laboral en Estados Unidos». Sólo en una disputa en el sector del acero hubo 16 muertos y muchos heridos graves. Otras 8 personas murieron en diferentes conflictos industriales²².

Tanto en Estados Unidos como en el Reino Unido la violencia política, que había estado muy presente en la segunda mitad del si-

²¹ Ian HERNON: *Riot. Civil Insurrection from Peterloo to the Present Day*, Londres, Pluto Press, 2006, pp. 156-160.

²² Philip TAFT y Philip ROSS: «American Labor Violence: Its Causes, Character, and Outcome», en Hugh Davis GRAHAM y Ted Robert GURR (eds.): *Violence in America...*, pp. 269 y 273-274.

glo XIX²³, no desapareció por completo en el siguiente, como a veces se ha sugerido²⁴. Por supuesto, se recrudeció en el caso particular de Irlanda, donde, como señala Townshend, continuó siendo un «complemento, o incluso un sustituto del diálogo político»²⁵. Y tuvo su peso en la puesta en escena del movimiento sufragista, especialmente con el llamado *Black Friday*²⁶. En Inglaterra, la situación quedó muy lejos de la vivida en otros países europeos. Aunque hubo algunos rasgos similares que no siempre son valorados. También aquí hicieron acto de presencia los desfiles paramilitares y los uniformes. Y aunque los fascistas británicos fueron débiles, tras la batalla de Cable Street entre fascistas y antifascistas el 4 de noviembre de 1936, el Parlamento aprobó una Ley de Orden Público que prohibía los uniformes en los grupos políticos e impedía los desfiles de la Unión Británica de Fascistas (BUF)²⁷. Aunque, según lo sugerido por algunos autores, esa ley no fue muy efectiva²⁸.

Algunos buenos estudios basados en archivos policiales han mostrado la complejidad de la violencia desplegada en algunas zonas urbanas de Inglaterra. Entre 1934 y 1938, el 64 por 100 de los mítines y reuniones convocadas por la Unión de Fascistas Británicos de Mosley tuvieron algún tipo de violencia. Según los datos policiales, la «mitad de los arrestados» en esos incidentes «fueron identificados claramente como grupos antifascistas», en un porcentaje muy elevado comunistas. Pero también una buena parte de esa violencia fue provocada por la rivalidad con los otros dos grupos fascistas británicos. De acuerdo con los datos policiales entre el 1 de enero de 1934 y el 28 de septiembre de 1938 hubo, sólo en las calles londinenses, al menos 24 incidentes violentos iniciados por fascistas, frente a 51 sufridos por éstos, especialmente contra el

²³ Datos interesantes en Peter ALTER: «Traditions of Violence in the Irish National Movement», en Wolfgang J. MOMMSEN y Gerhard HIRSCHFELD (eds.): *Social Protest...*, p. 137.

²⁴ R. A. C. PARKER: *El siglo XX. I Europa, 1918-1945*, Madrid, Siglo XXI, 2004, p. 153.

²⁵ Charles TOWNSHEND: *Political Violence in Ireland: Government and Resistance since 1848*, Oxford, Clarendon Press, 1983. Citado en David George BOYCE: «Political Violence in Ireland: Government and Resistance since 1848», *English Historical Review*, 100-394 (1985), p. 139.

²⁶ Ian HERNON: *Riot...*, pp. 131-134.

²⁷ Robert O. PAXTON: *Anatomía del fascismo*, Barcelona, Península, 2005, p. 92.

²⁸ Stephen M. CULLEN: «Political Violence: The Case of the British Union of Fascists», *Journal of Contemporary History*, 28-2 (1993), p. 261.

BUF²⁹. Pero a diferencia de otras violencias en el continente, estos choques no se generalizaron por todo el país ni se descontrolaron. Se contabilizaron varios cientos de heridos, pero no muertos. Entre otras razones porque el uso de armas de fuego, a diferencia de los casos italiano, alemán, austriaco o español, fue muy raro.

En Francia también hubo violencia. Al final de los años veinte los comunistas fueron muy activos y en varias ocasiones sus choques con otros grupos terminaron trágicamente. Hubo muertos en París en agosto de 1927, en Limoges en junio de 1929, en Halluin en abril de 1930 y en Roubaix en junio de 1931³⁰. Más adelante, el país atravesó por momentos delicados después de las elecciones de 1932. En el trienio 1932-1934 hubo mucha inestabilidad en el gobierno y el discurso antiparlamentario ganó adeptos, cobrando cierto ímpetu los grupos de la derecha antiliberal y filofascista, como la *Croix de Feu*, que logró formar una organización paramilitar. Hubo un episodio especialmente grave el 6 de febrero de 1934, cuando los manifestantes de la derecha radical se enfrentaron a la policía frente a la Asamblea Nacional. Murieron una veintena de personas y hubo 60 heridos graves³¹. A mediados de febrero de 1936, el líder socialista León Blum fue agredido por un grupo de la derecha monárquica radical. Ante la presión parlamentaria, el gobierno ordenó la disolución de Action Française y de Camelots du Roi³². El 16 de marzo de 1937, en Clichy, grupos de izquierdistas se reunieron para protestar por una reunión de simpatizantes del *Parti Social Français* (el nuevo nombre de la *Croix de Feu*). Esa tarde una manifestación concluyó en un intercambio de disparos con la policía; murieron cinco comunistas y un socialista, y no menos de cien policías resultaron heridos³³.

Todos estos episodios ocurridos en las democracias «resistentes» como Inglaterra, Francia y Estados Unidos parecen sustentar

²⁹ *Ibid.*, pp. 253-254.

³⁰ Jean Marc BERLIÈRE: «The Difficult Construction of a “Republican” Police: The French Third Republic», en Gerald BLANEY (ed.): *Policing Interwar...*, p. 29.

³¹ Jean-Pierre AZÉMA y Michel WINOCK: *La troisième République*, París, Pluriel, 1976, pp. 264-65, y Maurice LARKIN: *France since the Popular Front. Government and People, 1936-1996*, Oxford, Clarendon Press, 1997, p. 50.

³² *El Heraldo de Madrid*, 16 y 17 de febrero de 1936, y *Abora*, 14 de febrero de 1936.

³³ Simon KITSON: «The police and the Clichy Massacre, March 1937», en Clive EMSLEY y Richard BESSEL (eds.): *Patterns of Provocation...*, p. 34.

la idea de una violencia «generalizada» en el periodo de entreguerras. Sin embargo, es una violencia muy diferente a la que se puede observar en los casos italiano, alemán, austriaco y español. De un lado, por la magnitud de las cifras de muertos y heridos, muy inferior a las de Alemania o Italia. De otro, por la naturaleza y consecuencias de esa violencia. De hecho, casos como los de Clichy o la batalla de Cable Street fueron habituales en la Italia de 1921. Allí los fascistas sacaron mucho partido de la violencia. Como ha explicado Elazar, irrumpieron en la política italiana a través de la «violencia paramilitar». El *squadristo* no fue algo improvisado ni su violencia el resultado de choques fortuitos. Fue una «táctica coherente con los objetivos» marcados en el ámbito de la reacción antisocialista. En el periodo crucial de noviembre de 1920 a mayo de 1921 desplegaron una auténtica «mobile warfare». Como indica Elazar siguiendo el trabajo clásico de Tasca, el «análisis de la construcción del fascismo italiano es en primer lugar un análisis de la militarización de la lucha política»³⁴. Así, el éxito fascista consistió en dejar obsoleta la estrategia de movilización de los socialistas al transformar el terreno de la política en un campo de batalla.

A mediados de 1921, los fascistas habían logrado extender un régimen de terror en buena parte de la mitad norte de Italia. En esa zona, sus logros de la primavera de ese año, en apenas dos meses, incluían la destrucción total o parcial de 17 periódicos e imprentas, 59 casas del pueblo, 119 bolsas de trabajo y 83 ligas campesinas³⁵. Tasca y, sobre todo, Salvemini aportaron datos sustanciales sobre el balance de la violencia fascista, completados luego por De Felice y otros autores. Aunque las cifras siguen sin ser definitivas, se considera que hubo más de 2.000 muertos entre octubre de 1920 y octubre de 1922. Los choques entre fascistas y socialistas fueron el núcleo central de esa violencia: De Felice habló de 1.073 entre el 1 de enero y el 8 de mayo de 1921, pero Petersen lo ha elevado, usando estadísticas de la policía, a 1.559. Sólo en la campaña electoral de abril/mayo de 1921 hubo 105 muertos y 403 heridos³⁶.

³⁴ Dahlia Sabina ELAZAR: «Electoral democracy, revolutionary politics and political violence: the emergence of Fascism in Italy, 1920-1921», *British Journal of Sociology*, 51-3 (2000), pp. 462 y 483.

³⁵ Angelo TASCA: *El nacimiento del fascismo*, Barcelona, Ariel, 1969, pp. 135-136.

³⁶ El análisis más detallado en Jens PETERSEN: «Violence in Italian Fascism, 1919-1925», en Wolfgang J. MOMMSEN y Gerhard HIRSCHFELD (eds.): *Social Pro-*

Si sobre la condición extremadamente violenta de la estrategia fascista no hay discusión, no ocurre lo mismo al referirse a las causas de aquélla. Lyttelton apeló a tres tipos de razones: una «violencia nacida de la frustración y la desorganización sociales», una violencia «reactiva contra la amenaza de valores básicos» y una violencia surgida para desarrollar una «estrategia» de consecución de fines políticos³⁷. Pero este enunciado no agota la discusión sobre varios aspectos fundamentales. Uno es la demostrada relación, ya apuntada por Tasca, entre el incremento de la violencia fascista y el control socialista del mercado laboral en grandes áreas del norte de Italia. Otro se refiere a los errores de las autoridades para entender la naturaleza de la movilización fascista. Algunos autores han hablado de la poca eficacia del Estado italiano, incluso desde antes de la guerra, en el cumplimiento de la ley. Pero no es un problema solamente de capacidad de gobierno, por usar los términos de Tilly. El gobierno de la primera mitad de 1921 tenía medios para haber controlado a los *squadristas* y haber hecho frente a los excesos del socialismo radical. Que no lo hiciera con la suficiente contundencia y claridad de objetivos no se debe tanto a un problema de medios como de decisiones incorrectas. El éxito de los fascistas en el uso de la violencia para controlar el Estado italiano e imponer su calendario de cambios fue resultado de varios factores, pero no se entiende sin la consideración del maximalismo revolucionario de los socialistas, la falta de confianza de los propietarios rurales en la acción del Estado y el diagnóstico incorrecto de las elites liberal sobre lo que significaba Mussolini y el fascismo a medio y largo plazo.

Algunas de esas claves se repiten en el análisis de la violencia política en la República de Weimar. Aunque este caso es todavía más complejo, a la vez que más útil para la comparación con el caso español. Es más complejo porque la violencia se extendió durante mucho más tiempo. En los primeros años tras la firma del armisticio hubo numerosas huelgas y protestas violentas en la calle, gol-

test..., p. 289. La cifra de 2.000 en Gaetano SALVEMINI: *The Origins of Fascism in Italy, 1919-1940*, Nueva York, Harper, 1973. Es la que aparece también en Stanley G. PAYNE: *Historia del fascismo*, Barcelona, Planeta, 1995, p. 140, y Renzo DE FELICE: *Mussolini il fascista. La conquista del potere, 1921-1925*, Turín, Einaudi, 1966, pp. 36-39.

³⁷ Adrian LYTTELTON: «Fascism and Violence in Post-War Italy: Political Strategy and Social Conflict», en Wolfgang J. MOMMSEN y Gerhard HIRSCHFELD (eds.): *Social Protest...*, p. 270.

pes de Estado e intentos revolucionarios, con varios miles de muertos³⁸. Luego hubo una disminución relativa de la violencia durante los años 1924-1928, aunque nunca desapareció del todo. De hecho, un rasgo del caso alemán es que la violencia tuvo muchos protagonistas. Como en Austria, la paramilitarización del orden público fue un problema grave desde el final de la guerra y no llegó a desaparecer, desarrollando unas prácticas de movilización y presencia en la calle que luego fueron muy útiles para los nazis³⁹. Como ha señalado Diehl, «no hubo golpes después de 1923, pero la violencia política llegó a ser sistemática y endémica como parte de las contiendas políticas para controlar la calle»⁴⁰. En ese sentido, los años centrales de la República contribuyeron a preparar el terreno para el desencadenamiento masivo de la violencia de los años 1931-1933. Por otro lado, los comunistas tuvieron un papel predominante en el ejercicio de esa violencia, y muy activo en los dos o tres años anteriores a la expansión nazi. No llegaron a estar preparados para una revolución a gran escala, pero se emplearon a fondo contra sus rivales, incluidos los socialdemócratas, y pusieron en jaque a la policía en numerosas ocasiones. El KPD fundó sus milicias nada menos que en el verano de 1924; cuatro años más tarde contaban con más de 100.000 miembros⁴¹. A diferencia del caso italiano, los socialistas alemanes no cultivaron la retórica ni la acción revolucionaria, comprometidos con la coalición fundacional de Weimar y enfrentados a una izquierda comunista que los tachó de «socialfascistas».

En 1930 la violencia empezó su imparable subida en la Alemania de Weimar. Ese año, en un mitin nazi, un grupo de comunistas se encararon con Göering. Se armó una «gresca terrible» al protegerle los miembros de la Sección de Asalto nazi. Todo tipo de ar-

³⁸ Anthony READ: *The World on...*, pp. 25-51.

³⁹ Austria, en Gerhard BOTZ: «Political Violence...», pp. 300-329; Michael MANN: *Fascists...*, pp. 207-236, y Gordon BROOK-SHEPHERD: *The Austrians. A Thousand-Year Odyssey*, Nueva York, Carroll, 2002, pp. 261-285. Una perspectiva comparada en Sandra SOUTO: «De la paramilitarización al fracaso: las insurrecciones socialistas de 1934 en Viena y Madrid», *Pasado y Memoria*, 2 (2003), pp. 5-74.

⁴⁰ James M. DIEHL en una reseña en *The Journal of Modern History*, 75-3 (2003), p. 720.

⁴¹ Peter LESSMANN-FAUST: «*Blood May: The case of Berlin 1929*», en Clive EMSLEY y Richard BESSEL (eds.): *Patterns of...*, p. 13. El KPD y la violencia política en Eve ROSENHAFT: «The KPD in the Weimar Republic and the Problem of Terror during the "Third Period", 1919-1933», en Wolfgang J. MOMMSEN y Gerhard HIRSCHFELD (eds.): *Social Protest...*, pp. 342-366.

mas y «hombres de ambos bandos» se enzarzaron en una pelea en la que pronto empezó a «chorrear la sangre» por los rostros de los combatientes⁴². Este tipo de escenas se repitieron a menudo en los años 1931 y 1932. Las autoridades de la República, tanto las nacionales como las regionales, fracasaron en el control del orden público. En algunos casos lo intentaron con determinación y adoptaron medidas que resultaron eficaces. Pero al final, en la segunda mitad de 1932, resultó decisivo que otros responsables, como Von Papen, revocaran ese tipo de medidas⁴³. Éste, como otros nacionalistas conservadores, dio por bueno algo que la violencia nazi buscaba sin ningún género de dudas: presentarse ante la opinión como defensores del orden frente a la violencia proactiva de los comunistas, legitimando así su propia organización y disposición paramilitar a fin de suplir las carencias del Estado.

¿Quién llevó el protagonismo en la violencia política de Weimar desde 1929 y hasta 1932? La respuesta no es fácil, como muestra la información aportada por varios estudios regionales. Merkl señaló que en Prusia la estadística oficial de interrupciones violentas de mítines durante el año 1930 presenta a comunistas y nazis como principales promotores⁴⁴. También las listas de víctimas de los años 1929 a 1932 confirman esa impresión. En 1932, año que Schumann ha denominado «Bloody Year», de los 155 muertos totales, 55 eran nazis, 54 comunistas y 12 socialdemócratas⁴⁵.

Con todo, una de las preguntas determinantes en el caso de Weimar es si esa violencia recurrente, muchas veces planificada y multilateral, hizo imposible la democracia. Expresado de esta forma, la respuesta es no. En primer lugar porque los estudios regionales muestran que la violencia no fue tan determinante en el progresivo éxito de los nazis como en el caso italiano. Allen demostró que, en la localidad de Northeim, los nazis no escalaron posiciones solamente por la intimidación y las armas; de hecho, pese al

⁴² Richard J. EVANS: *La llegada del Tercer Reich*, Barcelona, Península, 2005, p. 310.

⁴³ Edgar FEUCHTWANGER: *From Weimar to Hitler. Germany, 1918-1933*, Nueva York, Palgrave, 1995, p. 281.

⁴⁴ Peter H. MERKL: «Approaches to Political Violence: the Storm-troopers, 1925-1933», en Wolfgang J. MOMMSEN y Gerhard HIRSCHFELD (eds.): *Social Protest...*, p. 369.

⁴⁵ Dirk SCHUMANN: *Political Violence in the Weimar Republic, 1918-1933: Fight for the Streets and Fear of Civil War*, Nueva York, Berghahn Books, 2009, p. 261.

ascenso del voto nazi, el SPD no perdió apenas votos y el KPD los aumentó. Está claro que los nazis también fueron eficaces en la movilización y la organización de la propaganda. Combinando la violencia con la movilización lograron algo determinante: convencer a muchos ciudadanos de que el sistema democrático era débil y ellos eran necesarios para restaurar el orden y la seguridad⁴⁶.

Tiene razón Allen cuando apunta a que esa violencia creciente debe analizarse dentro de un contexto de «politización». Hubo «nueve grandes campañas» entre las elecciones locales de noviembre de 1929 y las generales al Reichstag de noviembre de 1932. La participación fue altísima en todas ellas. Los nazis se llevaron buena parte del antiguo voto de la derecha nacionalista y lograron, al igual que los comunistas, que les votaran ciudadanos que antes no habían acudido a las urnas. Lo hicieron en un contexto económico y social muy duro, aunque, como demuestran algunos estudios, el desempleo no fue el único, ni siquiera el primer factor de su discurso. Supieron animar y sacar provecho de una situación de polarización, en medio de una violencia endémica, que no puntual. Northeim, una «letárgica ciudad de provincias», llegó a convertirse en un «explosivo centro de la violencia»⁴⁷.

En buena medida, el éxito nazi residió en que habituaron a los ciudadanos a que las diferencias políticas se podían resolver con los puños. Ahora bien, como ha concluido Schumann, la violencia política, esa «ritualizada lucha sobre el terreno», llegó a ser un «fenómeno endémico pero no incontrolable». Es decir, en la fase final de Weimar «podía haber sido controlada», como muestran los resultados de la prohibición de las SA por el gobierno de Brüning. Si se hubieran aplicado medidas contundentes se podría haber prevenido la escalada de violencia de ese verano de 1932⁴⁸. La cuestión central, por tanto, remite nuevamente a factores de orden político-institucional: la pérdida de confianza de amplios segmentos del conservadurismo en un sistema parlamentario, la contribución de

⁴⁶ William Sheridan ALLEN: *La toma del poder por los nazis. La experiencia de una pequeña ciudad alemana, 1922-1945*, Barcelona, Ediciones B, 2009. Sobre los éxitos de la movilización nazi ya llamó la atención Karl DIETRICH BRACHER: *The German Dictatorship. The Origins, Structure, and Consequences of National Socialism*, Londres, Penguins Books, 1991, pp. 229-232. También Peter FRITZSCHE: *De alemanes a nazis, 1914-1933*, Madrid, Siglo XXI, 2006, pp. 226-229.

⁴⁷ William Sheridan ALLEN: *La toma del poder...*, pp. 207, 208 y 214.

⁴⁸ Dirk SCHUMANN: *Political Violence...*, pp. 305 y 313.

los nazis y los comunistas al desorden, la parálisis y el agotamiento de quienes habían formado la coalición fundacional de Weimar, y una preocupante escalada de políticas de emergencia que acostumbró a la opinión a prescindir del formalismo democrático.

4

Michael Mann ha atribuido el éxito de los fascismos a las diferencias de base entre los sistemas políticos. Su idea es que los países del norte de Europa habían «estabilizado regímenes liberales antes de 1914» y que esa experiencia previa les permitió afrontar con garantías de éxito la confrontación electoral democrática y el impacto de las crisis. Por el contrario, el problema de los países del sur, centro y este de Europa es que, cuando estaban intentando pasar del liberalismo a la democracia, lo hicieron «manteniendo intactos muchos aspectos de los poderes estatales del antiguo régimen». En ese contexto, para Mann, la responsabilidad por el fracaso de la democracia es atribuible principalmente a los conservadores, que interiorizaron el miedo a la revolución y se apuntaron a la idea de que era necesario recortar la democracia para evitar una movilización descontrolada⁴⁹.

Este análisis tiene el mérito de recalcar algo que ya sabíamos: las llamadas democracias que resistieron al auge del autoritarismo contaban con una sólida base liberal-constitucional previa⁵⁰. En buena medida, los datos que hemos señalado más arriba apuntan a que la violencia política tuvo un papel menos relevante en esos Estados. O lo que es lo mismo, fue una violencia relativamente «controlada» por el Estado y no llegó a ser un cáncer para la legitimidad democrática. Lo contrario puede decirse de otros países como Alemania. En este caso, la violencia sí socavó las bases sobre las que se asentaba el consenso fundacional y contribuyó significativamente a que amplios sectores sociales desconfiaran del nuevo Estado. Pero la actitud de los conservadores, aterrorizados con la revolución, no lo explica todo, al igual que en el caso español de la Segunda Re-

⁴⁹ Michael MANN: *Fascists...*, p. 354.

⁵⁰ Es fundamental el análisis comparado de Luis ARRANZ: «Liberalismo, democracia y revolución en Europa», en Marcela GARCÍA y Fernando DEL REY (eds.): *Los desafíos de la libertad*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2008, pp. 23-63.

pública. El nazismo movilizó sectores sociales que antes no habían votado y dejó en evidencia las limitaciones del compromiso de los socialistas y los católicos con la democracia. Al final, si los nazis pudieran instrumentalizar la violencia fue porque lograron, con la inestimable ayuda inicial de los comunistas, convertirla en algo endémico y perjudicial para la convivencia, combinándola adecuadamente con una exitosa marca electoral. Como ha señalado Schumann, esa violencia de «luchas callejeras y reyertas» que los nazis promovieron «reflejaba la ausencia de un consenso político básico y la pérdida parcial del monopolio estatal de la fuerza»⁵¹.

En su trabajo clásico, Linz consideraba que «el estudio de la violencia política y social» era «central» para el análisis de la «quiebra de las democracias»⁵². Con esto no quería decir que la violencia explique por sí sola un proceso fallido de democratización. En ese punto sus conclusiones eran más complejas. Pero apuntaba ya algo que estudios posteriores han corroborado: la violencia no destruyó la democracia pero contribuyó a restarle partidarios, siendo tanto o más decisiva cuando golpeó sobre sociedades políticas que tenían un consenso procedimental frágil, como fueron los casos de Alemania o España. En ese sentido, más que la base constitucional previa o la existencia de un Estado «dual», como apunta Mann, la función desestabilizadora de la violencia estaba asociada a la fragilidad del consenso fundacional y al aprovechamiento por algunos grupos de ese factor.

Con el aumento de la competencia electoral y la disputa por el control de la calle, cierta violencia podía aparecer en momentos puntuales, incluso en la democracia británica. Pero en este caso o en el norteamericano esa violencia no se prolongó hasta ser endémica ni fue cultivada intensamente por un grupo con capacidad de utilizarla estratégicamente para derrumbar el Estado. En otros casos, como el italiano en los años veinte o el alemán y el español durante los treinta, la violencia trascendía a los periodos electorales y extendía su asfixiante presencia poniendo de manifiesto dos factores. En primer lugar, contribuía a reforzar los discursos ideológicos extremos de los que, a derecha o izquierda, atacaban la democracia como un sistema débil y decadente. A menudo se resalta el in-

⁵¹ Dirk SCHUMANN: *Political Violence...*, p. 305.

⁵² Juan José LINZ y Alfred STEPAN (eds.): *The Breakdown of Democratic Regimes (Crisis, breakdown and reequilibration)*, Baltimore, JHUP, 1978, p. 56.

terés de los fascistas en presentarse como la solución a un Estado impotente ante la violencia revolucionaria; pero para comunistas y socialistas revolucionarios la violencia también alimentaba su retórica antiliberal y anticapitalista, liberándoles de ese compromiso incómodo que mantenían los socialdemócratas con el régimen representativo «burgués». En segundo lugar, cuanto más se expandía la violencia y se debilitaba la idea de una competición pacífica, más se ponía de manifiesto que la respuesta tímida o irregular de las autoridades —caso de la primavera española de 1936— reflejaba un compromiso ambiguo con la defensa de la democracia pluralista. Esto era terrible si no había una amplia mayoría social que respaldara las bases fundacionales del sistema. Es decir, para la continuidad de la democracia lo determinante no era tanto la presencia de la violencia como la combinación explosiva de dos elementos: de un lado, la existencia de grupos que legitimaban el uso de la fuerza y la estimulaban tanto cuanto podía para generar una opinión alarmista y una ruptura; y de otro, un Estado en manos de individuos o grupos a los que su compromiso ambiguo con el sistema les impedía ser implacables en la defensa del Estado de derecho.

La relación entre violencia política y consolidación/quiebra democrática presenta una complejidad incuestionable, con datos que a veces permiten la comparación y en otros casos resultan singulares. Sería pretencioso aspirar a un análisis exhaustivo en el espacio tan reducido de este artículo. No obstante, dentro del marco general señalado, los siguientes aspectos pueden introducir elementos de reflexión interesantes para el análisis del caso español.

La Gran Guerra contribuyó a la *brutalización* de la política, contaminando la competencia democrática con un estilo y un lenguaje propios de un conflicto armado. A eso se sumó una posguerra extremadamente violenta y compleja en muchas partes. Pero la paramilitarización de la política tuvo diferentes características y un alcance variado. En Alemania mantuvo una línea de constante afirmación frente a un Estado que no la frenó a tiempo, permitiendo que muchos ciudadanos se acostumbraran a que los desafíos planteados por los violentos se resolvieran fuera del imperio de la ley, asimilando así la política democrática con una crisis de autoridad. El caso español no es comparable al de Alemania, como tampoco al de Austria, en este punto. Aquí la brutalización de la posguerra no puede ser un factor de primer orden, por más que uno observe

en las derivas autoritarias de algunos grupos la influencia de los sucesos europeos del periodo 1917-1919. La política española de los treinta no estuvo fuertemente condicionada por la paramilitarización de la política; fue un fenómeno apenas relevante en el caso de la CEDA, sólo empezó a adquirir cierta importancia en los jóvenes socialistas a partir de 1934 y no resultó decisivo por lo referido a los carlistas y los falangistas hasta bien avanzado el segundo bienio. En esta cuestión concreta, la vida política española de los años 1931 a 1935, con la excepción de octubre de 1934, estuvo más cerca de los países con democracias más consolidadas⁵³.

La violencia tuvo un papel crucial en las elecciones de entre guerras, pero de forma diferente según los casos. En Inglaterra o Francia fue una violencia episódica que aparecía y desaparecía con las elecciones. En España, sin embargo, la confrontación electoral violenta en los años treinta se asemeja más a los casos de Italia en 1920 o Alemania en 1929-1932. No porque fuera una violencia planificada y diseñada por los partidos desde arriba, conforme a un objetivo declarado de desafiar el control estatal del orden, como pudo ocurrir en los otros dos, sino porque se trató de una violencia que no terminaba el día de las votaciones. Esa violencia, por ejemplo en el caso de la insurrección anarquista de diciembre de 1933 o los numerosos episodios ocurridos en los días posteriores al 16 de febrero de 1936, reflejaba un problema de mayor calado. No nacía tanto de la tensión provocada por la campaña, que también, sino que evidenciaba un problema sistémico, es decir, se derivaba de la no aceptación de la legitimidad democrática del adversario.

La opción de la violencia en ciertas cohortes de edad y grupos políticos en la España de los treinta no tuvo que ver con factores claves en la Europa de 1919-1920, como la brutalización o la amenaza bolchevique. Llegó a tener rasgos propios de una violencia endémica, con numerosos episodios trágicos. Era la manifestación, como en los casos italiano, austriaco y alemán, de la presencia de identidades ideológicas que hacían de la ruptura del orden establecido y el enfrentamiento cuerpo a cuerpo una salida legítima. Era una violencia que a veces respondía a una tensión pun-

⁵³ Para contextualizar la violencia política en la España de los treinta son indispensables los estudios de E. Ucelay, S. Tavera, J. Romero Maura, F. del Rey y S. Juliá, aparte de otros muchos regionales que no podemos citar por falta de espacio.

tual, provocada por una competición entendida en términos apocalípticos. Pero que en otros casos, como en los desafíos planteados por los socialistas en octubre de 1934, los izquierdistas radicales en la primavera de 1936 o los golpistas en agosto de 1932 o en julio de 1936, buscaba mucho más que restringir el pluralismo y controlar la calle. Los rasgos de la violencia nazi y fascista no se dieron en España. Un solo grupo no logró generar una violencia organizada que minara irreversiblemente el imperio de la ley. Pero la violencia sí adquirió rasgos asimilables a esos otros casos, en tanto que determinados grupos respaldaron el uso de la fuerza para desafiar al Estado. Y fue algo más que un problema de gestión policial del orden público, como muestran los últimos estudios sobre violencia electoral⁵⁴. En las derechas no hubo un grupo capaz de desplegar con éxito una acción planificada de violencia como la fascista en 1921, ni siquiera los falangistas a partir de enero de 1936, todavía minoritarios aunque muy activos. Las izquierdas tampoco tuvieron éxito en su acción más violenta, la de 1934, aunque, como sus homólogas italianas, austriacas y alemanas, sí contaron con un sector revolucionario que justificaba abiertamente el uso de la violencia. En ese sentido, hay ciertos rasgos comunes entre los problemas planteados por la retórica revolucionaria y el control monopolístico del mercado de trabajo por los socialistas italianos durante el trienio 1919-1921 y el caso español.

Si se suman todos estos factores y se tienen en cuenta los problemas que plantea una comparación simplista, no parece justificado apelar sin más a los argumentos *tillyanos* para explicar el peso de la violencia en la Europa de entreguerras, así como en la España de la Segunda República. La violencia pudo ser en algunos casos intrínseca a la modernización política competitiva. Pero no es menos cierto que su grado y alcance variaron sustancialmente. Y esa variación no se debió solamente a la forma en que la policía y las autoridades gestionaron el conflicto. Cuando la violencia golpeó sobre un sistema político con un sólido consenso procedimental, en el que predominaban grupos políticos que no cuestionaban la legitimidad del adversario y que eran leales al marco vigente,

⁵⁴ Roberto VILLA GARCÍA: «Political Violence in Spanish Elections of November 1933», y Manuel ÁLVAREZ TARDÍO: «The Impact of Political Violence During the Spanish General Election of 1936», ambos en *Journal of Contemporary History*, 47-3 (2012), en prensa.

su impacto puntual pudo ser alto, pero no duradero. En situaciones por completo diferentes, el problema fue que la presencia de la violencia reforzó todavía más a los partidarios de los discursos intransigentes y animó a los semileales a no comprometerse con el sistema. Ése fue el caso, con muchas variaciones, de Alemania, Italia y Austria. El de la España de los treinta está más cerca de estos últimos que del primero.